

napoleónicos, poniéndose a las órdenes del coronel de ingenieros D. Antonio Sangenis; este inmortal ingeniero, dotado de una voluntad férrea y de vastos conocimientos en el arte y ciencias de la guerra, trazó y ejecutó en una noche multitud de atrincheramientos, baterías y obstáculos, organizó siete compañías de zapadores y estableció talleres de cartuchos, de reparación de armas y de fabricación de metralla. Larga sería la narración de los episodios a que dió lugar la defensa de la Muy Heroica Ciudad. Las victorias sobre los franceses se obtuvieron sólo a costa de un derroche de sangre y de heroísmo. Cuando en los momentos apurados se consultaba a Sangenis sobre las decisiones más convenientes, contestaba éste con aquellas nobles palabras que tan bien describen su temple militar y su españolismo: «No se me llame nunca si se trata de capitular porque jamás seré de opinión de que no podemos defendernos». Este insigne ingeniero tuvo el fin que la gloria reserva a sus elegidos: una bala enemiga le privó de la vida en la segunda defensa de Zaragoza, antes de que los franceses hubiesen logrado penetrar en la plaza. He aquí la copia de su fe óbito, que se transcribe en esta revista por considerarla de legítimo interés para todo español amante de las glorias patrias.

«Fe de óbito del insigne coronel de Ingenieros, director de las obras de defensa de la plaza de Zaragoza en los inmortales sitios de 1808 y 1809, D. Antonio Sangenis y Torres. En 13 de enero de 1809 murió D. Antonio Sangenis, soltero, Coronel y Comandante de Ingenieros de este Ejército y Reino, no recibió ningún Sacramento, ni pudo hacer testamento por haber ocurrido su repentina muerte a resultas de un balazo que recibió en defensa de esta capital; se depositó su cadáver y enterró en esta Iglesia a tres actos de todos en sepultura. Dr. Josef Rodrigo, Regente del Pilar.» (Tomo 9.º al folio 323 vuelto).

El Tnte. D. Pedro Romero recibió, asimismo, gloriosa muerte en Zaragoza, así como el Tte. coronel Simón y el Capitán Defay; también debemos recordar al soldado de gastadores Ramón Perdiguero que se portó heroicamente en el combate del famoso 4 de agosto.

En la batalla de Rioseco, librada en 14 de Julio de 1805, se hizo notar por su valor y denuedo la compañía de zapadores, muriendo allí heroicamente el teniente D. Luis Cacho Montenegro; en la batalla de Espinosa de los Monteros perecieron el Capitán Aspiroz y el teniente López.

En la voladura del puente de Almaraz, realizada el 15 de febrero de 1809, perdió la vida el sargento mayor del cuerpo D. Fernando Norzagaray, y en la batalla del Medellín, el 28 de marzo, murieron los capitanes Salcedo y Sánchez Tagle.

En los sitios de la inmortal Geroná, tan valerosamente defendida por el heroico general Alvarez de Castro, sirvió con altísima distinción el coronel de Ingenieros D. Guillermo Minali quien aplicó con gran acierto su ciencia, sin acordarse jamás de de-

fender su vida.

En la famosa Batalla de Bailén, una compañía de zapadores encargada de proteger a la artillería, no sólo rechazó al enemigo, muy superior en número, sino que saliendo en su persecución, se apoderó de una de sus piezas y le causó no pocas bajas. En obras de fortificación, en pasos de ríos y en cuanto se relaciona con el arte del Ingeniero, aquellas compañías sueltas de zapadores que operaron en España y Portugal, demostraron inteligencia, valor y subordinación, cualidades que fueron objeto de admiración para nuestros aliados los ingleses, según testimonios irrecusables.

Disuelta la Academia de Alcalá en 1808, por haber marchado los profesores a Zaragoza, no se reorganizó hasta 1810 en Cádiz.

Durante la guerra de la Independencia, en vista de los inapreciables servicios prestados y del crédito adquirido por las tropas de ingenieros, se crearon en distintas provincias compañías sueltas de zapadores, hasta que por Real Orden de 19 de junio de 1810 se refundieron todas ellas en el primitivo regimiento.

Antes de pasar a otro capítulo (Guerra de los siete años) debemos antes rendir tributo al recuerdo de otros ingenieros que perdieron sus vidas en la última etapa de la gloriosa campaña contra los ejércitos de Napoleón. El Capitán Cilleruelo murió en 1810 a consecuencia de una herida recibida en la defensa de Lérida. El brigadier D. José de Gabriel perdió la vida en la batalla de San Cristóbal el 19 de febrero de 1811. En 24 de abril de 1812 murió prisionero de los franceses, el coronel Zapatero; en la acción de Bornos, librada en junio del mismo año, murió el brigadier D. Tomás Pascual Maupoey; en julio, en la acción de Coín, el capitán don Miguel Ugarte, y en enero de 1814, el teniente don Juan de Gregorio.

(Viene de la página 3)

rena que los trabajadores del campo aportamos para su engrandecimiento, aunque sepamos que nuestro sacrificio no es por nadie no reconocido. A pesar de nuestra separación, de los vaivenes de la vida, a través de todas las anormales circunstancias en que vivimos, nuestra amistad se mantiene inquebrantable, engarzada al rodal del recuerdo dichoso de aquel mayo florido del año 1912 en que, al reverso del presente, todo se nos presentaba por delante color de rosa, todo poesía, todo ilusión, todo esperanzas...

José Callau Nogués